

## RESEÑA DEL LIBRO

# *Solo el amor consigue encender lo muerto*<sup>1</sup>



GLADYS FRANCO<sup>2</sup>

Es para mí una satisfacción comentar esta novela de Nadal Vallespir, amigo y colega de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay..

*Solo el amor consigue encender lo muerto* tiene una historia que favorece los recuerdos, no solamente por la temática, centrada —precisamente— en la función del recordar (recordar, repetir, reelaborar...), sino porque hemos conocido los pasos que condujeron a su creación.

A partir de la pérdida de su compañera de vida, el autor ensayó diversas formas de tramitación del duelo por medio de la escritura. El camino que culmina en la novela fue enriquecido por su saber de psicoanalista, por su experiencia como escritor y por vínculos con otros escritores. Así fue que en las VI Jornadas de Litera-

tura y Psicoanálisis, «Qué-hacer con las letras», que la asociación organizó desde su Centro de Intercambio los días 1 y 2 de abril de 2016, Nadal Vallespir estuvo presente con un trabajo acerca del duelo, que tituló *Yo, el resto de nosotros* (2016), en el que relacionaba su experiencia con la de dos escritores británicos, John Berger y Julián Barnes, quienes, habiendo sufrido también la pérdida de sus parejas de toda la vida, habían escrito sendas obras literarias a modo de homenaje-memoria, producción (vale decir) en el camino de la elaboración-tramitación de la pérdida, aun cuando la misma sea calificada de «inelaborable» por el autor:

Tres hombres: Julián, John, Nadal. Los dos primeros, sin conocerme, sin saber de mi dolor, escriben sobre el suyo, lo comparten y, de esa forma, el suyo, el de ambos, el de cada uno, se roza con el mío, reverbera en el mío y en mi propio escrito, destinado como los de ellos a elaborar lo inelaborable. (pp. 89-90)

1 Vallespir, N. (2017). *Solo el amor consigue encender lo muerto*. Montevideo: Dedos.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.  
lalettraescrita@gmail.com

El escrito propio referido en ese texto es *Solo el amor consigue encender lo muerto*, que por entonces permanecía inédito.

En la mesa en la que Nadal Vallespir presentó *Yo, el resto de nosotros*, participaron la profesora Victoria Morón con su trabajo *La mirada prohibida: El mito de Orfeo y Eurídice en Niveles de vida de Julián Barnes* y el escritor Fernando Butazzoni, con un trabajo escrito a propósito de la coincidencia entre el libro de Julián Barnes y *Solo el amor consigue encender lo muerto*, de Vallespir, que tituló *Universos verticales*. Este escrito puede leerse en *La vida y los papeles* de Fernando Butazzoni (2016, pp. 262-270). La coincidencia de escritores que a partir de una experiencia personal de pérdida recurren a la escritura para expresarla, contar, tramitar... intentar «elaborar lo inelaborable» quedó bien expuesta en esa oportunidad. Pero la frase «elaborar lo inelaborable» vuelve a hacernos pensar en los límites de lo que el psiquismo puede procesar.

A propósito de la posible o imposible elaboración del duelo, el psicoanálisis ha producido mucho, desde los escritos que podrían considerarse pioneros —del propio Freud, que tanto aportara especialmente con la introducción de la segunda teoría de las pulsiones—, escritos, descubrimientos, teorizaciones ligadas a la irrupción violenta de la realidad traumática de la guerra: pensamientos y realidad, un pensar la realidad que conduce

a Freud a proponer una fuerza opositora a Eros, necesaria para equilibrar la tendencia abarcativa de la libido, útil en tanto ligada, destructiva en asomos de desligadura. De esa forma aparece la (pulsión de) muerte en la teoría psicoanalítica, integrada a la vida y pautando también, acompañando, la concepción de un ser humano —sujeto— radicalmente dividido por el conflicto. La muerte real, la constatación de la destrucción de la materia viva arrasa en cada uno lo que pueda quedar de omnipotencia. El solo hecho de re-conocer la existencia de la muerte puede convertirse en un saber resistido, como ilustran las fantasías religiosas, las «vidas más allá de la muerte», los cielos, los infiernos, las reencarnaciones... Sin duda ante la muerte real de una persona querida pueden fracasar todos los mecanismos defensivos y el sujeto puede vivenciarse en tal grado de arrasamiento psíquico que sienta la experiencia de pérdida como inelaborable. Cuando asistimos a alguien que ha sufrido una experiencia traumática, vemos la necesidad de repetir el relato de lo vivido, a veces la repetición se produce en el sueño y el sujeto despierta angustiado por la *reviviscencia*. Entiende, con la repetición, que su psiquis está haciendo un esfuerzo por tramitar lo que parecía intramitable, por *elaborar lo inelaborable*. Hay una contradicción en esta frase. El escritor la enuncia a propósito de la escritura, como un intento de abordar la paradoja... ¿como

un desafío? El hermoso título de la novela *Solo el amor consigue encender lo muerto*, tomado de un tema de Silvio Rodríguez, nos interpela en la misma dirección: ¿Es posible *encender lo muerto*? ¿O las tramitaciones, intentos de elaboración, las diferentes formas de trabajo psíquico, con o sin creación, son esfuerzos que bordean algo —en última instancia— imposible...?

Un trabajo de Laura Verissimo de 2005, a propósito del trabajo de elaboración —“¿Puede elaborarse el horror?”— nos habla de la imposibilidad de una elaboración total: “siempre quedará un resto, una marca que no podrá ser atrapada por redes de significación, una herida cuya cicatrización siempre será incompleta” (p. 447). Resalta cierta tendencia a valorar más algunas modalidades de intento de elaboración —por ejemplo, la escritura sobre la acción— y pone en paralelo a Primo Levi y Jorge Semprún; el segundo privilegió la acción antes que la escritura y, aunque luego pudo encontrar algo de paz escribiendo, al principio el intento «lo ahogaba». Él nos dejó el legado inmenso de un título que, me consta, acompaña a muchos escritores, aun a algunos que no lo han leído; entretanto, Primo Levi comenzó a pensar su escritura estando aún en el campo de concentración. En «¿Puede elaborarse el horror?», la autora está hablando de la posibilidad de elaborar experiencias de deshumanización, y haciendo trabajar el título de Semprún

que aquí evoco, ella menciona no dos, sino tres alternativas: «Ante el horror: la escritura, la acción... o la muerte» (Verissimo, 2005, p. 447). El impacto de esa frase me condicionó el olvido y debí volver dos o tres veces a buscar el renglón donde figura la tercera alternativa: la muerte. Y la insistencia jugada entre mi lectura y mi desmentida tiene que ver con el texto de Nadal Vallespir que trato en esta nota.

El libro está enlazado a la experiencia vital del autor, por lo que se podría decir que se inscribe en el género de autoficción, género que ha tomado relevancia, articulando una interesante transacción entre conceptos tales como *ficción, realidad, biografía, autobiografía*. Nosotros, como psicoanalistas, entendemos lo artificioso que pueden resultar los límites entre *realidad y fantasía*; del mismo modo, podemos entender que ningún escrito biográfico o autobiográfico puede escapar a la *permeación* ficcional, así como toda ficción está impregnada de la experiencia real y fantástica del escritor. La verdad de un texto se encuentra siempre más ligada a la pasión de la escritura del creador que al relato de los acontecimientos. Así, esta conmovedora novela de Nadal Vallespir adquiere su fuerza de la intensidad del dolor del escritor: el dolor vivido por sus protagonistas es el propio reverberando en las palabras.

Son dos los hombres en la novela: un narrador y, dentro de él, de su memoria,

otro: el Viejo de Lyon. Estos dos personajes tuvieron un primer encuentro durante el cual el viejo habló del dolor por la pérdida de la mujer amada, un dolor que se espeja de diversas maneras y que es hablado también en recuerdo de textos de otros creadores. Así aparece Maupassant y un cuento que se llama «Amor», evocado allí, como preferencia de los dos hombres. Es a través del cuento que con más claridad el narrador menciona que la muerte de la pareja ha clausurado su deseo de vivir o, dicho mejor, ha encendido su deseo de muerte. En el cuento de Maupassant, la metáfora del amor y el dolor de la pérdida está contenida en la peripecia de un casal de pájaros: la hembra cae muerta por la bala del cazador, y el macho, en lugar de huir del peligro, parece desafiarlo.

Me pregunto, siempre me he preguntado, desde que lo leí por primera vez, más aún desde el fallecimiento de Chiara, si realmente no sintió miedo ante el peligro o si, impelido por el infinito amor a su compañera, buscó morir junto a ella. (Vallespir, 2017, p. 62)

En la cronología del relato, este párrafo corresponde al personaje Viejo de Lyon, evocado por el narrador en su deambular por Montevideo, en una segunda parte del libro titulada de esa manera: «Montevideo». Los escenarios cambian y los personajes se confunden

en el parecido, en las proximidades identificatorias y en la experiencia en relación con el duelo. Los tiempos, discordantes, están muy bien manejados, y como en un sueño vemos al protagonista desdoblándose en actor y en narrador que es narrado, y multiplicándose en imágenes de juventud y de vejez, imágenes que confluyen y en definitiva se unifican en la del hombre que al perder a la mujer amada ha perdido el rumbo de la vida.

Quizás el desdoblamiento narrativo esté ligado a la inquietud inicial acerca de la posibilidad de la elaboración de la pérdida. Fernando Butazzoni (2016) en el trabajo ya mencionado donde vincula el texto de Vallespir con el de J. Barnes dice:

en los dos casos la narración permanece, sube o baja, pero sin horizontalidad y sin horizonte [...] es un espacio topológico en el que solo hay arriba y abajo. Eso ocurre porque los universos del amor son verticales. (p. 267)

Pienso que el poder de esta imagen de Butazzoni —acotada a un espacio «sin horizonte»— está en la opción implícita de la caída, el derrumbe, la imposibilidad de sostener la verticalidad. Y ese es el núcleo, el elemento más angustiante de la novela de Nadal Vallespir.

Sin embargo, y a pesar del dolor —incluso, quizás, trascendiendo la intención consciente del autor—, el mismo no se es-

tanca en la repetición idéntica. Cada reiteración, cada imagen, evocación, recuerdo implica la búsqueda de un clic diferente, lo nuevo apenas visibilizado intentando nacer. El Viejo de Lyon, que perdió a su mujer cuando era joven, llega a ser viejo solo, sin olvido ni consuelo, pero vivo. La opción por la vida resulta para este personaje algo que debe explicar, el dolor de la pérdida se anuda entonces a la siempre tan mentada culpa del sobreviviente.

Este libro —sin mención explícita al título de Jorge Semprún— hace pensar en un escritor que, devastado por el sufrimiento, buscara ponerlo a prueba como una interrogación: ¿La escritura o la vida?

Después del horror, Semprún tardó décadas en poder escribir; en cambio, otros recurren a la palabra escrita inmediatamente después del acontecimiento que puede significar la activación del deseo de muerte, la pérdida de la curiosidad por asistir a lo que queda de vida. En esas diferencias se juegan las particularidades de cada ser humano, lo importante es que, tarde o temprano, el escritor escriba. Si así no fuera, ¿cómo podríamos soportar las miserias de la existencia? Es el otro, el semejante, el testigo, el que ha sobrevivi-

do quien puede instrumentar a los semejantes con el relato a través de la ficción, del testimonio no ficcionado, de la autoficción o del género que mejor le asista. La escritura es un don de transmisión de recursos, aunque el escritor piense, o crea, que en primer lugar escribe por su propia, individual necesidad y, a veces, ambivalente, razone como hacía Semprún (1995):

Nadie puede ponerse en tu lugar, pensaba yo, ni siquiera imaginar tu lugar, tu arraigo en la nada, tu mortaja en el cielo, tu singularidad mortífera. Nadie puede imaginar tu cansancio de la vida, tu avidez de vivir. (p. 248) ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Butazzoni, F. (2016). *La vida y los papeles*. Montevideo: Planeta.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1994).
- Vallespir, N. (2016). Yo, el resto de nosotros. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 122, 88-112.
- (2017). *Solo el amor consigue encender lo muerto*. Montevideo: Dedos.
- Verissimo, L. (2005). ¿Puede elaborarse el horror? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 100, 446-450.